

A U S E N C I A S

A veces, ciertas ausencias, dejan el alma dolida, angustiada, oprimida, como si todo lo existente, con ser tan vario y numeroso, desapareciera; como si el mundo, tan lleno de diversa y cálida vida, quedara yerto y vacío, convertido en agobiante y helado desierto. Y es que vivir no es simplemente estar aquí y ahora, en un lugar determinado y en un tiempo concreto, rodeado de otros seres que pasan o bullen, ajenos y distantes, a nuestro lado; no es encontrarse inmerso en un conjunto abigarrado de objetos y cosas extraños e indiferentes... Vivir supone verse reflejado en la presencia afectiva de otras personas, percibir el palpito anhelante de sus existencias, oír el mensaje de sus palabras estremecidas, descubrir, en ocasiones, la elocuencia muda de unos ojos tristes que ocultan, tras el brillo de mal disimuladas lágrimas, el más sugestivo y atrayente manantial de sentimientos de bondad y amor.

A veces, las ausencias, dejan sumida en la más absoluta oscuridad nuestra alma; oscuridad densa como si el sol se apagara para siempre, arrojándonos a una eterna noche sin luna ni estrellas, a fría negrura que nos hiela y obliga a caminar con torpeza, desorientados, dando traspiés, ciegos sin la luz que nos descubra los obstáculos, la belleza, el sendero y acaricie, con su tibio calor, nuestro aterido cuerpo...

No es posible vivir con la herida
de larga o permanente ausencia;
no es posible vivir sin la presencia
de quienes dan sentido a nuestra vida.